



CAJAL VALERO, Arturo: “Una presencia vasca en Lepanto: Domingo de Zavala”, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 5, Untzi Museoa-Museo Naval, Donostia-San Sebastián, 2006, pp. 135-144.

U·M

UNTZI MUSEOA · MUSEO NAVAL

Donostia · San Sebastián



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Una presencia vasca en Lepanto: Domingo de Zavala

Arturo Cajal Valero

Universidad del País Vasco

Es un dato conocido que las Flotas de Indias, la Armada de la Guarda de la Carrera de Indias, la Armada del Mar Océano, la “Gran Armada” enviada contra Inglaterra en 1588, y todas las formaciones navales oceánicas que operaron durante el reinado de Felipe II en el Atlántico, Cantábrico, Canal de la Mancha y Caribe, tuvieron en la Provincia de Guipúzcoa y en el Señorío de Vizcaya una cantera indispensable de marinos, que tripularon en buena medida sus naos y galeones, y protagonizaron gran parte de sus éxitos y de sus reveses. Baste recordar aquí a los afamados Juan Martínez de Recalde, Miguel de Oquendo, Martín de Bertendona, los Villaviciosa, Cristóbal de Eraso, Marcos de Aramburu, Antonio de Urquiola y Pedro de Zubiaur, por mencionar las figuras más notables entre una nómina extensísima. No es tan conocido, sin embargo, el papel mucho más limitado y oscuro que los vascos tuvieron en un medio geográfico más alejado de sus principales áreas de pesca y comercio, y en un escenario guerrero bien distinto de la lucha en el océano: el Mediterráneo y sus escuadras de galeras.

En este sentido cabe apuntar, por el escaso rastro que nos ha dejado –o, al menos, por las pocas señales de que hasta el momento disponemos–, que la intervención de los marinos vascos en el gran acontecimiento de Lepanto parece comparativamente muy reducida y modesta. La imperiosa necesidad de atender simultáneamente dos teatros estratégicos distintos como eran el Atlántico y el Mediterráneo, sin posibilidad ninguna de trasvasar los efectivos disponibles de uno al otro debido a la continua amenaza que pendía sobre ambos (ni las unidades oceánicas pudieron sustraerse de la protección al vital tráfico de Indias, ni las escuadras de galeras pudieron nunca abandonar el “Mare Nostrum” para acudir a socorrer la insuficiente presencia naval española en los Países Bajos), puede explicar en buena medida esta escasa presencia en el Mediterráneo de los marinos guipuzcoanos y vizcaínos, en cuanto eran absolutamente imprescindibles para tripular las naos oceánicas. Por el contrario, todo indica el absoluto protagonismo de los ribereños del Mediterráneo –catalanes, mallorquines, valencianos, murcianos y andaluces– en la dotación de la escuadra de galeras “de España”, única realmente española de cuantas servían a Felipe II en el este mar, puesto que las demás (las de Nápoles y Sicilia, súbditas de este Monarca, en cuanto ambos territorios formaban parte de la “Monarquía Católica” o hispánica; y la genovesa de Juan Andrea Doria, a sueldo de Felipe II) eran, propiamente hablando, italianas. Otro dato a tener en cuenta, este último, para esclarecer el porqué de la escasa manifestación vasca en Lepanto: la ya de por sí limitada aportación naval española –española estrictamente hablando, sin incluir por tanto a Nápoles, a Sicilia ni a Doria–, en cuanto a número de buques se refiere, a la Armada de la “Santa Liga”, apenas una docena de galeras sobre el total aproximado de 80 unidades aportadas por Felipe II y unas 210 contando las escuadras de Venecia y del Papa¹ –aunque sea cierto, también, que el personal de estas diversas escuadras de Felipe II era relativamente intercambiable entre sí, y de hecho en Lepanto se observa que gran parte de las 30 galeras napolitanas aparecen mandadas por capitanes españoles–. Todo lo anterior sin perjuicio, por supuesto, de reconocer la trascendencia cualitativa que en la victoria tuvieron los célebres Tercios de la infantería española embarcada, y la buena parte del mérito que en el éxito de toda la campaña corresponde a Don Juan de Austria, Álvaro de Bazán y Luis de Requesens.

1. Las cifras más fiables que se dan para los contingentes reunidos en Messina en septiembre de 1571 son: 14 ó 13 galeras la escuadra “de España”, 30 la de Nápoles, 10 la de Sicilia, 11 la genovesa de Juan Andrea Doria, y otras 13 galeras de particulares italianos a sueldo de Felipe II (total: 78 ó 77); 12 la escuadra pontificia; 106 ó 109, más 6 galeazas, la escuadra de Venecia; 3 del Ducado de Saboya (microestado italiano en la órbita de España), 3 de la República de Génova (*idem*); y 3 de la Orden de Malta. Total: 205 ó 207 galeras, y 6 galeazas.

La excepción más señalada a esta oscuridad vasca en Lepanto puede ser el guipuzcoano Domingo de Zavala (Ordizia 1535-1614)², con la advertencia, sin embargo, de que no se trata propiamente de un marino, sino de un empleado de la administración militar llamado al mando de una galera por confianza personal y decisión libérrima de los altos mandos de la Armada –como era habitual en la época–, y más concretamente de Luis de Requesens. Ni antes ni después de Lepanto desempeñó Zavala mando naval ni función marinera ninguna, sino una larga y brillante carrera burocrática en los ámbitos de guerra (Secretario de Estado y Guerra en el Gobierno general de Flandes) y contabilidad (Contador Mayor de Hacienda), que le llevaría finalmente a formar parte del Consejo supremo de Hacienda.

Zavala era secretario particular de Requesens desde 1568, y cabe pensar que había acompañado a su señor en las campañas navales que éste efectuó desde el mismo año como “Lugarteniente general de la Mar” (2º jefe de las escuadras de Felipe II en el Mediterráneo, bajo el mando del “Capitán General de la Mar” Don Juan de Austria), incluyendo la guerra de las Alpujarras contra la sublevación de los moriscos (1569-70). El diplomático y marino barcelonés Luis de Requesens, Comendador Mayor de la Orden de Santiago en Castilla, hombre muy próximo al Rey Felipe II desde su común educación infantil en la Corte y en quien éste confiaba por su prudencia y buen sentido acreditados, continuó en este cargo durante la campaña de Lepanto, ejerciendo de principal asesor –en lo que a los españoles se refiere– de Don Juan de Austria, hermanastro del Monarca español y Capitán General de toda la Armada coaligada. Don Juan había reunido por tanto, a su empleo hispano de Capitán General de la Mar, el de Capitán General de la Armada de la Santa Liga, formada por Felipe II, el Papa y Venecia, contando para el primero de estos cargos –jefe de las fuerzas navales españolas en el Mediterráneo– con Requesens como su Lugarteniente (en cambio, en cuanto jefe del conjunto de la Armada aliada, su Lugarteniente era el general de la escuadra pontificia, Marco Antonio Colonna –“Lugarteniente general de la Santa Liga”–; inicialmente fue intención de Felipe II que Requesens fuera también el Lugarteniente de la Armada aliada, pero el Papa y Venecia, para evitar un absoluto protagonismo español en el alto mando, consiguieron que se encomendara su 2ª jefatura a Colonna, como candidato de consenso para este puesto). Luis de Requesens, por tanto, era el 2º jefe del contingente naval que la Monarquía española aportaba a la Santa Liga: las escuadras súbditas de Felipe II (España, Nápoles, Sicilia) o a sueldo de España (la genovesa de Doria).

Una vez precisado el lugar que jugaba esta notable personalidad catalana en la Armada, entenderemos mejor el papel desempeñado por nuestro Domingo de Zavala en Lepanto. El 18 de julio de 1571, dos días antes de la salida de las escuadras españolas de Barcelona³ rumbo a su punto de reunión con venecianos y papales en Messina, el séquito de Don Luis embarcaba en las dos galeras que el Comendador Mayor tenía asignadas personalmente a su servicio –su buque insignia o “Capitana” y su 2º buque o “Patrona”, esta última, denominada *Granada*–; al frente de la parte del séquito a la que le correspondió subir en la *Granada* estaba el “tenedor de libros” (contador) de Requesens, nuestro protagonista Domingo de Zavala. Este último iba a ser durante la batalla del 7 de octubre en Lepanto el responsable de la *Granada*, como hombre de la confianza de Don Luis por su lealtad y carácter a toda prueba (concepto que ciertamente Zavala no iba a desmerecer, llegado el momento supremo de la lucha), teniendo como inmediatos asesores al capitán marítimo de la galera y a los oficiales de la infantería de a bordo, y como tal tendría un comportamiento extraordinariamente heroico que le haría merecedor del reconocimiento de Juan de Austria, testigo ocular desde su galera “Real” –buque insignia de toda la Armada cristiana– del inusitado ánimo y valor desplegados por Zavala a bordo de la cercana *Granada*, en el lugar más relevante del combate.

La *Granada* de España se hallaba situada, efectivamente, en las inmediaciones de la galera Real de Don Juan de Austria. La embarcación de Zavala desplegaba a la izquierda de la Real, solamente separada de esta por dos buques, las Capitanas de la República de Génova (Héctor Spínola, general de la pequeña escuadra aportada por esta ciudad⁴, con Alejandro Farnesio, Príncipe de Parma, a

2. Sobre el cual publicaremos próximamente el libro *Domingo de Zavala. La guerra y la hacienda (1535-1614)*.

3. Donde el propio Requesens, por cierto, se había encargado de la oscura –pero decisiva– tarea de su preparación logística, supervisando su puesta a punto y pertrechamiento, de manera que a la salida de la Ciudad Condal estaban alistadas en un estado óptimo para el combate.

4. No confundir con la escuadra particular del genovés Juan Andrea Doria, a sueldo de España, más numerosa.

bordo) y de Venecia (Sebastián Veniero, general de la escuadra veneciana)⁵. A popa de la galera Real se hallaban la Patrona Real (segundo buque asignado personalmente a Juan de Austria) y la Capitana del Comendador Mayor de Castilla Luis de Requesens, Lugarteniente de las escuadras españolas. Por su parte, al costado derecho de la galera insignia de Don Juan, se situaba la Capitana de Su Santidad (Marco Antonio Colonna, general de la escuadra pontificia y Lugarteniente general de la Armada). La *Granada* estaba por tanto llamada a proteger el núcleo neurálgico de la Armada cristiana, donde había que evitar un descalabro a toda costa.

Que éste era el más lugar más vital del despliegue aliado⁶, se evidencia en el hecho de que la escuadra de reserva de Álvaro de Bazán se situara precisamente a su retaguardia, preparada para intervenir justamente aquí en cuanto fuese necesario, como efectivamente ocurrió.



Uno de los medallones de los balcones de la fachada del Palacio Zavala, que de acuerdo a la tradición familiar representan a su constructor, y fundador del linaje. Domingo de Zavala (Ordizia 1535– Id. 1614) es un buen ejemplo de la élite burocrática vasca forjada en el servicio a los Austrias, y de la que surgiría la nueva aristocracia del País Vasco. Participó en la campaña de Lepanto en el séquito de Luis de Requesens como empleado de la administración militar (contable), y en virtud de la confianza personal de su señor, mandó la galera Granada situada en el lugar neurálgico del combate, desplegando un extraordinario heroísmo y capturando tres buques turcos.

No nos detendremos en repetir lo que se afirma en la declaración de Don Juan sobre los méritos de Domingo de Zavala en la batalla (*cf. infra*). Simplemente destacar que la resistencia de la galera *Granada* tuvo un papel relevante, con otras compañeras cercanas, en la salvación de ese corazón central de la Armada que formaban las galeras de Juan de Austria, Veniero, Colonna y Requesens, el cual durante la lucha vivió momentos sumamente críticos. Si la Armada cristiana hubiera perdido en combate a estos cuatro jefes, el efecto negativo en forma de desmoralización y descoordinación habría sido inevitable y con ello la tendencia rápida a la disgregación, traducida casi inevitablemente en un intento de retirada general o sálvese quien pueda particular –con resultados lógicamente catastróficos–.

Mucho se ha discutido y matizado sobre el alcance estratégico y la trascendencia histórica de la batalla de Lepanto (sin perjuicio de coincidir en lo descomunal de su magnitud cuantitativa, que realmente no tiene parangón y la convierte en el mayor enfrentamiento naval de todos los tiempos, en lo que a los efectivos humanos embarcados y al número de bajas se refiere). Es cier-

5. Todas las fuentes son unánimes a este respecto. Pueden consultarse diversas versiones del orden de batalla de la Armada cristiana en las obras de Cayetano Rosell (*Historia del combate naval de Lepanto*, Madrid 1853, pp. 195-200), Cesáreo Fernández Duro (*Armada española desde la unión de los Reinos de Castilla y de Aragón*, Tomo II, Madrid 1896, pp. 139-144) y Víctor M^o de Sola (*Lepanto y Don Juan de Austria*, Madrid 1947, pp. 450-455), estas tres sustancialmente similares salvo ligeros detalles; Hugh Bicheno (*La batalla de Lepanto*, Madrid 2005, pp. 329-342); y la web *Las galeras de Lepanto. Base de datos de las galeras que participaron en la batalla de Lepanto*. Como capitán marítimo de la *Granada* figura Pablo Batín (Paolo Bottino en la última de las fuentes mencionadas). Conviene aclarar, en este sentido, que los capitanes marítimos que se mencionan en el orden de batalla, en realidad a menudo estaban subordinados a otra persona –un caballero relevante, un maestro de campo, coronel o capitán de infantería, cualquier miembro del séquito de un alto mando, etc.– en quien recaía la responsabilidad última del buque (éste es el caso de Zavala).

6. Lo formaban tres cuerpos principales, de unas dimensiones similares: el sector central o “cuerpo de batalla”, y dos alas (la izquierda bajo el mando del veneciano Barbarigo, y la derecha a las órdenes de Juan Andrea Doria), los tres de unas 60 galeras, aunque el más fuerte cualitativamente, en lo que se refiere tanto a las galeras como a la infantería embarcada, era el central. Detrás de este último se situaba la reserva de Bazán, con 30 galeras, de las cuales 10 fueron enviadas a socorrer al ala izquierda, y el resto –con el propio Bazán al frente– acudieron en apoyo de Juan de Austria.



Palacio Zavala y monumento a Andrés de Urdaneta (Ordizia). Este palacio fue construido por encargo de Domingo de Zavala entre fines del s. XVI e inicios del s. XVII. Por sus considerables dimensiones, fue conocido como la "casa de las 44.000 tejas". Zavala dio principio a su fortuna sirviendo al político y marino catalán Luis de Requesens en Lepanto, Milán y Flandes. Un testigo contemporáneo afirma, en cuanto a la provisión del palacio de muebles, tapicerías, colgaduras de sedas, cuadros al óleo, escritorios, plata labrada para el servicio, etc., que "estaba tan bien aderezada la dicha casa, que en la Provincia de Guipúzcoa, ni en la de Álava no ha visto casa más llena, ni más bien aderezada". Conservaba también diversos recuerdos de su participación en Lepanto, como un alfanje, espadas, etc. En 1615, un año después del fallecimiento de Don Domingo, Felipe III hizo alto y pernoctó en este palacio. En 1660 su sucesor Felipe IV se detuvo a comer en el Palacio, camino igualmente del Bidasoa. Fot. G.E.Z. (Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco, Ed. Auñamendi, 1992).

to que la destrucción del poder marítimo turco-berberisco fue sólo temporal, no definitiva⁷, y que ese tiempo de indefensión naval turca no fue aprovechado por la Santa Liga para una contraofensiva decisiva haciendo retroceder las avanzadas enemigas en el Norte de África –acabando con la endémica piratería berberisca– o en Grecia (ello, debido a los crónicos recelos y desavenencias entre Venecia y España, y a la reorientación de Felipe II hacia la grave crisis que se veía obligado a atender en los Países Bajos). Pero no por ello se pueden minimizar los efectos que a corto y largo alcance tuvo el descalabro turco en Lepanto. Baste pensar en lo que hubiera sucedido si en este gigantesco choque la flota destruida hubiera sido la cristiana y no la turca: en el plazo de los 1-2 años siguientes, antes de que la Monarquía española y Venecia hubieran tenido tiempo de reconstruir sus escuadras⁸, la propia Venecia habría sido vulnerable a un probable doble ataque turco por tierra y por mar; las estratégicas islas de Malta (especialmente) y Sicilia, sin una fuerza naval que las defendiera evitando el desembarco enemigo, ni que las pudiera socorrer una vez producido éste llevando refuerzos (como había sucedido en Malta en 1565, salvando la isla), podían ser presa fácil para los turcos; ni que decir tiene que los bastiones españoles en el Norte de África, que formaban la auténtica "defensa avanzada" de Italia y de España, habrían podido ser barridos con relativa facilidad, dejando todo el litoral norteafricano como dominio absolutamente propio del enemigo y lanzadera –todavía a mayor escala de lo que ya era– para sus incursiones costeras y piratería en la mar. Unas pérdidas, cualquiera de ellas, que serían de muy costosa reversión posterior. Incluso, en fin, cualquier punto del extenso litoral italiano, de las islas Baleares y del sur de España, imposibles de defender con fuerzas terrestres por su enorme longitud, se convertían en lugar susceptible de recibir no sólo simples *razzias* sino un

7. Al menos, desde un punto de vista cuantitativo. No tanto, sin embargo, desde el punto de vista cualitativo, ya que la pérdida masiva de aquella generación de excelentes marineros turcos, la mejor de su historia por su pericia y su caudal de victorias previas acumuladas, fue irreparable.

8. Partiendo del hecho de que España no estaba en condiciones de trasladar al Mediterráneo sus efectivos navales del Atlántico, absolutamente vitales en este océano, en especial para proteger y garantizar la arribada a la península de las Flotas de Indias y, con ellas, de los metales preciosos americanos.

ataque turco a gran escala. Estas amenazas latentes se vieron neutralizadas en Lepanto. A más largo plazo, hay que situar en este gran desastre naval turco el punto de inflexión de su Imperio de una estrategia marítima claramente ofensiva a otra mucho más prudente y esencialmente defensiva, volcando en adelante sus principales ímpetus en una estrategia terrestre y continental, con objetivos que ya no serán en adelante el Mediterráneo. Lepanto, en fin, no puso fin a la terriblemente dañina piratería berberisca, ni redujo los límites del Imperio turco, pero sí movió a éste a partir de entonces a seguir una estrategia prudente de conservación en el "Mare Nostrum"⁹ y a reconducir su expansionismo en otras direcciones (Persia y Balcanes), lo cual, desde luego, no fue pequeño sino gran logro.

Certificado de don Juan de Austria, Capitán General de la Armada de la Santa Liga, dado en Messina el 15-11-1571.

Copia autenticada, Valladolid 23-6-1603¹⁰

(Texto adaptado en su ortografía).

Este es traslado bien y fielmente sacado de una certificación y declaración original del señor don Juan de Austria, que santa gloria haya, firmada de su mano y sellada con su sello, y refrendada de Juan de Soto su secretario, escrita en pergamino, que su tenor de ella es como se sigue.

Don Juan de Austria por la S.C.R.Md.¹¹ Capitán general de la mar y de la Santa Liga etc.

Por cuanto en la memorable batalla que el domingo siete de octubre de este presente año tuvimos en el mar de la costa de Albania, entre el golfo de Lepanto y las islas Cuchulares¹², la armada de la Santa Liga, que consistía en ciento y noventa y ocho galeras reales y seis galeazas, con la Armada del Turco, que eran doscientos y cuarenta y ocho galeras reales, y cuarenta y ocho galeotas de Argel, Bona¹³ y Monasterio¹⁴, de que sucedió después de derramada mucha sangre aquella tan maravillosa victoria, que se debe reconocer como yo la reconozco de sola la mano de Dios, para bien universal de su Iglesia y de toda la Cristiandad, se halló Domingo Martínez de Zavala y Arramendía, que sirve a su Majestad cerca de nuestra persona en tener los libros¹⁵ de la mar que nos toca como Capitán general de ella [de la Mar¹⁶], por capitán de la galera Granada de España, patrona de las del Comendador mayor de Castilla¹⁷, el cual nos consta por cierta ciencia y vista ocular¹⁸, que habiendo sido el dicho día embestida su galera por cinco turquescas, todas mayores que la suya, peleó con todas ellas con tanto valor, ánimo, y destreza desde el punto de mediodía hasta las seis de la tarde que fue nuestro Señor servido¹⁹, que habiéndosele entrado muchas veces los turcos en su galera y matado mucha gente, los rebotó y echó fuera de ella otras tantas veces, con tan ánimo y aventajado valor que de las cinco galeras tomó y prendió las tres, y las dos se contentaron de irse después de tener muerta la mayor parte de su gente. Y porque de un hecho tan peregrino como venturoso quede inmortal memoria, hemos querido hacer esta declaración y certificar que recibió este dicho día veinte y siete heridas, todas ellas notables, pero las cinco lo fueron tanto que, según la declaración de los cirujanos que lo curaron, fueran mortales en otro sujeto. Allende certificamos que por orden nuestra entregó las dichas tres galeras turquescas que tomó, a los oficiales de esta Santa Liga, con veinte y una piezas de artillería de bronce, es a saber: tres cañones de crujía, los dos con las

9. Traducida en la paz firmada con Venecia en 1573 y las sucesivas treguas con España a partir de 1578.

10. Archivo de la Casa de Zavala (ACZ) 4.1. Existe otro ejemplar posterior de la misma copia, extendido y certificado en Madrid el 10-3-1637 (ACZ 3.21).

11. Sacra Católica Real Majestad.

12. Islas Curzulares o Equinadas, al norte de la entrada del golfo de Lepanto (también conocido como golfo de Patrás).

13. Actual Annaba, en la costa argelina.

14. Monastir, en la costa tunecina. Estas 48 galeotas, procedentes de las mencionadas ciudades norteafricanas, pertenecían a los corsarios berberiscos. Las galeotas eran galeras ligeras, más rápidas y menos potentes que sus hermanas mayores.

15. Zavala servía a Luis de Requesens, Lugarteniente del Capitán General de la Mar Don Juan de Austria, como tenedor de libros (de contabilidad), es decir, como contable.

16. Capitán General de la Mar, jefe superior de todas las escuadras del Rey Felipe II en el Mediterráneo. Recordemos que a este cargo se había unido el de Capitán General de la Armada de la Santa Liga, formada por Felipe II, el Papa Pío V y Venecia.

17. Es decir, segundo buque ("patrona") de las asignadas al Comendador Mayor Luis de Requesens (este último embarcado en su galera insignia o "capitana").

18. Ya hemos apuntado que la *Granada* de Domingo de Zavala desplegaba muy próxima a la galera Real de Don Juan de Austria, como tercera embarcación a la izquierda de ésta, solamente separada de la "Real" por dos buques (las Capitanas de la República de Génova y de Venecia).

19. Momento de la victoria cristiana.

armas de Sicilia²⁰ y el uno con las del príncipe Andrea Doria²¹, que a lo que se entendió fueron perdidas en las jornadas de la Preveza²² y los Gelves²³; y las nueve sacres, todas con las armas de la sacra religión de San Juan²⁴; y las once restantes, medios sacres y falconetes, parte con las armas del Serenísimo César emperador Maximiliano²⁵, y parte con unos fuegos y lunas. Asimismo entregó doscientos y veinte y siete cristianos, y entre ellos diez sacerdotes, frailes y clérigos que eran cautivos de turcos y bogaban al remo, a los cuales unos y otros hemos mandado dar libertad. Y más ciento y noventa y seis turcos vivos, porque los demás murieron, y veinte y siete mujeres griegas y venecianas que los turcos habían cautivado en las tierras de venecianos, y cuatro campanas de metal de diferentes tamaños que eran de Corfú²⁶ y otras tierras donde los dichos turcos saquearon y derribaron los templos santos y lugares píos. Y aunque el premio de tan grande y notable servicio sea de esperar de sólo Dios nuestro Señor y del Rey mi señor, hemos querido de nuestra parte hacer la demostración que podemos y se nos permite, con haber dejado escoger al dicho Zavala un turco de los que él prendió, para que lo tenga por suyo y se sirva de él por joya nuestra y memoria de esta memorable victoria de que tanta parte cabe y tiene el dicho Domingo de Zavala. Y para aprobación de todo ello dimos esta nuestra declaración y certificación, firmada de nuestra mano, sellada con nuestro acostumbrado sello, y refrendada del secretario infrascrito, en esta galera Real surta en el puerto de Messina de la isla de Sicilia, a quince días del mes de noviembre de mil y quinientos y setenta y un años. Don Juan. = Por mandado del señor don Juan, Juan de Soto.

El cual dicho traslado va cierto y verdadero con la dicha certificación original que queda en poder del dicho señor Domingo de Zavala. Y en fe de ello yo Bernabé Crespo escribano del Rey nuestro señor, que sirvió el oficio de Francisco de Hoyos escribano de su Consejo de las Órdenes, lo signé y firmé en Valladolid a veinte y tres días del mes de junio de mil y seiscientos y tres años, siendo testigos Diego Ruiz Angelo y Juan Martínez de Arriola, estantes en esta Corte. En testimonio de verdad, Bernabé Crespo, escribano.

(Tenor literal).

Este es traslado vien y fielmente sacado de una certifficación y declaración original del señor don Juan de Austria, que santa gloria aya, firmada de su mano y sellada con su sello, y refrendada de Juan de Soto su secretario, escripta en pergamino, que su thenor della es como se sigue.

Don Juan de Austria por la S.C.R.Md. Capitán general de la mar y de la Santa Liga etc.

Por quanto en la memorable batalla que el domingo siete de octuvre deste presente año tuvimos en el mar de la costa de Albania, entre el golfo de Lepanto y las yslas Cuchulares, la armada de la Sancta Liga, que consistía en ciento y noventa y ocho galeras reales y seis galeaças, con la Armada del Turco, que heran doscientos y quarenta y ocho galeras reales, y quarenta y ocho galeotas de Argel, Bona y Monasterio, de que subcedió después de derramada mucha sangre aquella tan maravillossa vitoria, que se deve reconocer como yo la reconozco de sola la mano de Dios, para vien uniberssal de su Yglessia y de toda la Crisptiandad, se halló Domingo Martínez de Çavala y Arramendía, que sirve a su Magestad cerca de nuestra perssona en tener los libros de la mar que nos toca como

20. Una de las tres escuadras de galeras (España, Nápoles y Sicilia) que mantenían en el Mediterráneo los territorios españoles e italianos súbditos del Rey Felipe II.

21. El célebre Príncipe de Melfi, general de la escuadra genovesa que había operado a sueldo y bajo la autoridad de Carlos V. Sucedió en la misma situación, durante el reinado de Felipe II, por su sobrino Juan Andrea Doria (1559), que se halló en Lepanto bajo el mando superior del Capitán General de la Mar (Juan de Austria).

22. Ciudad de la costa occidental de Grecia (al noroeste del golfo de Lepanto), en la entrada del golfo de Arta. Había sido escenario 33 años atrás, el 27-9-1538, de un revés de Andrea Doria al frente de una armada hispano-veneciana, que hubo de batirse en retirada ante Barbarroja.

23. La isla hoy conocida como Djerba, al sur de Túnez, a medio camino entre Túnez y Trípoli. La expedición española enviada en 1510 había terminado en desastre, al ser objeto de una emboscada las tropas recién desembarcadas. Expediciones posteriores tuvieron más éxito, sometiéndola temporalmente a cierto control español, pero la de 1560 terminó igualmente en desastre. Sin duda el escrito se refiere a este último revés (11-5-1560), más cercano en el tiempo y de mayor gravedad, ya que se perdieron 27 galeras de un total de 45 presentes —una veintena de las pérdidas, pertenecían al grueso que proporcionaba el rey Felipe II (napolitanas y sicilianas, y genovesas a sueldo), y unas pocas restantes al Papa, Florencia y Mónaco—, de donde procederían los cañones aquí aludidos. Ostentaba el mando naval el genovés Juan Andrea Doria, sobrino y sucesor de Andrea Doria.

24. La Orden hospitalaria y militar de San Juan de Jerusalén, más conocidos como los caballeros de Malta desde su afincamiento en esta isla, cedida por Carlos I.

25. Cañones procedentes del Emperador Maximiliano I (fallecido en 1519), que su nieto y sucesor el Emperador Carlos V (rey Carlos I de Castilla y de Aragón desde 1516) había montado en los buques de sus escuadras del Mediterráneo.

26. Isla griega bajo el dominio veneciano. Había sido saqueada por la Armada turca apenas tres semanas antes, replegándose el 14 de setiembre rumbo a Lepanto para esperar allí a la Armada cristiana.

Capitán general della, por capitán de la galera Granada de España, patrona de las del Comendador mayor de Castilla, el qual nos consta por cierta ciencia y vista ocular, que haviendo sido el dicho día investida su galera por cinco turquescas, todas mayores que la suya, peleó con todas ellas con tanto valor, ánimo, y destreza desde el punto de mediodía asta las seis de la tarde que fue nuestro Señor servido, que haviéndosele entrado muchas vezes los turcos en su galera y matado mucha gente, los rebotó y echó fuera della otras tantas vezes, con tan ánimo y aventajado valor que de las cinco galeras tomó y prendió las tres, y las dos se contentaron de yrse después de tener muerta la mayor parte de su jente. Y porque de un echo tan peregrino como venturoso quede ynmortal memoria, hemos querido hacer esta declarazió y certifficar que recibió este dicho día veynte y siete heridas, todas ellas notables, pero las cinco lo fueron tanto que, según la declarazió de los cirujanos que lo curaron, fueran mortales en otro sujeto. Allende certificamos que por horden nuestra entregó las dichas tres galeras turquescas que tomó, a los oficiales de esta Santa Liga, con veinte i una piezas de artillería de bronze, es a saver: tres cañones de cruxía, los dos con las armas de Secilia y el uno con las del príncipe Andrea Doria, que a lo que se entendió fueron perdidas en las jornadas de la Previça y los Guelbes; y las nueve sacres, todas con las armas de la sacra relixió de San Juan; y las honçe restantes, medios sacres y falconetes, parte con las armas del Serenissimo César enperador Masimiliano, y parte con unos fuegos y lunas. Asimismo entregó doscientos y veinte y siete crisptianos, y entre ellos diez sacerdotes, frailles y clérigos que heran cautivos de turcos y vogavan al remo, a los quales unos y otros hemos mandado dar livrtad. Y más ciento y noventa y seis turcos vivos, porque los demás murieron, y veynte y siete mugeres griegas y venezianas que los turcos avían cautibado en las tierras de venezianos, y quatro canpanas de metal de diferentes tamaños que heran de Corfú y otras tierras donde los dichos turcos saquearon y derrivaron los templos santos y lugares píos. Y aunque el premio de tan grande y notable servizío sea de esperar de sólo Dios nuestro Señor y del Rey mi señor, hemos querido de nuestra parte hacer la demostración que podemos y se nos permite, con haver dejado escojer al dicho Çavala un turco desque él prendió, para que lo tenga por suyo y se sirva dél por joya nuestra y memoria desta memorable vitoria de que tanta parte cave y tiene el dicho Domingo de Çavala. Y para aprobació de todo ello dimos esta nuestra declarazió y certifficació, firmada de nuestra mano, sellada con nuestro acostunvrado sello, y refrendada del secreptario ynfraescripto, en esta galera Real surta en el puerto de Meçina de la ysla de Sicilia, a quinze días del mes de novienvre de mil y quinientos y setenta y un años. Don Juan. = Por mandado del señor don Juan, Juan de Soto.

El qual dicho treslado va cierto y verdadero con la dicha certifficació original que queda en poder del dicho señor Domingo de Çavala. Y en fe dello yo Vernavé Crespo scrivano del Rey nuestro señor, que sirvió el officio de Francisco de Oyos scrivano de su Consejo de las Hórdenes, lo signé y firmé en Valladolid a veinte y tres días del mes de junio de mil y seisscientos y tres años, siendo testigos Diego Ruiz Angelo y Juan Martínez de Arriola, estantes en esta Corte. En testimonio de verdad, Bernavé Crespo, scrivano.

Después de Lepanto, Domingo de Zavala siguió al servicio administrativo de Requesens acompañándolo como secretario al Gobierno general de Milán (1572-73) y finalmente a Flandes. Por cierto que Zavala no quedaría exento, durante el resto de su vida, de las secuelas procedentes de las múltiples y gravísimas heridas recibidas de los turcos. Cuando en mayo de 1575 Luis de Requesens, Gobernador general de los Países Bajos, le envió con urgencia a Madrid, comisionado para tratar con el Rey Felipe II y sus Secretarios las medidas necesarias para reconducir la crítica situación de aquel territorio, el Comendador Mayor le indicaba que terminada su comisión regresara a Flandes con la mayor rapidez posible, dentro de las posibilidades que le permitían sus antiguas heridas: "partiréis luego con la mayor diligencia que pudiéredes, (...) porque por las heridas que tenéis en las piernas y por otras indisposiciones no podréis hacer tanta como yo querría (...)"²⁷. Años después, en abril de 1586, cuando en la Corte se daba ya por hecho el inminente nombramiento de Zavala como Secretario de Guerra de Su Majestad, nuestro protagonista (en ese momento gobernador de los estados del marqués de los Vélez, en Murcia-Almería) escribía a su protector Juan de Zúñiga y Requesens²⁸ renunciando al cargo: "hállome con alguna falta de salud y muy poca voluntad de hacer esta jornada si es para proponerme algo

27. "Instrucción de lo que vos Domingo de Çavala mi secretario avéis de hazer en esta jornada de la Corte donde os embio por el servicio de Su Magestad", Luis de Requesens 27-5-1575. (Instituto Valencia de Don Juan. Envío 68, caja 92, nº 238).

28. Hermano menor del fallecido Luis de Requesens y Zúñiga. Juan de Zúñiga era en ese momento Ayo y Mayordomo mayor del príncipe Felipe (futuro Rey Felipe III) y de las Infantas, miembro de los Consejos de Estado y de Guerra, y Comendador Mayor de Castilla (como lo había sido su hermano).

del oficio de la Guerra como el pueblo con su libertad ha publicado, porque de mis indisposiciones pasadas no he quedado sin vigilijs que ya en mi edad han de crecer, y ser presente [tener en cuenta] que sea [que será] para menor trabajo del que pudiera (...)” (12-4-1586)²⁹.

Domingo de Zavala no volvió a verse empeñado personalmente en ningún combate naval, pero sus responsabilidades administrativas en los ámbitos de la guerra y la hacienda le llevarían a lo largo de su vida a gestionar asuntos marítimos de gran interés. Uno de ellos tuvo lugar precisamente durante la comisión desempeñada en Madrid en 1575-76 por encargo de su señor Luis de Requesens. Este último, desesperado por la falta de los recursos económicos mínimos para remontar la situación militar de los Países Bajos, y agotado por su falta de salud, envió como ya hemos apuntado en mayo de 1575 a su fiel Zavala, a la sazón Secretario de Estado y Guerra de aquel Gobierno general, a la Corte con tres encargos que el Comendador Mayor consideraba vitales: la provisión inmediata de gruesas cantidades de dinero para el ejército de Flandes, el envío de una Armada que permitiera combatir a los rebeldes también en la mar, y el relevo cuanto antes de su propia persona del cargo de Gobernador. Nos interesa aquí el segundo de ellos.

Desde que entrara en Bruselas como nuevo Gobernador en noviembre de 1573, Requesens –hombre amante de la mar y con muy larga experiencia en la guerra marítima en el Mediterráneo– había sido plenamente consciente, a diferencia de su antecesor el Duque de Alba, de la necesidad imperiosa de llevar la guerra a la mar para debilitar al enemigo, puesto que la guerra puramente terrestre que llevaba España hasta el momento, prometía ser interminable en un país tan abundante en excelentes fortificaciones urbanas –que obligaban a costosísimas operaciones de sitio– y, por si ello fuera poco, en canales y áreas inundables, cuya superación suponía para las tropas españolas un muy peliagudo problema añadido³⁰. Si era importante disponer de efectivos navales para apoyar las operaciones militares en tierra³¹, no menos lo era para debilitar las fuentes de riqueza que alimentaban las fuerzas de la rebelión. La conclusión: si no se quería eternizar la guerra era imprescindible negar al enemigo unos movimientos militares fáciles y mermar su comercio, hostigando y arrebatando los puertos, ríos y canales que hasta ahora tan cómodamente utilizaba, y para ello era imprescindible una fuerza naval bien equipada –un núcleo de naos gruesas, acompañado de numerosa flotilla de embarcaciones ligeras aptas para la navegación fluvial–. El problema: la impotencia financiera de la Monarquía para atender simultáneamente todos los frentes que tenía abiertos; si apenas había recursos para llevar en Flandes una guerra terrestre de objetivos muy limitados³² (y aun así, gravosísima para las atribuladas arcas Reales), menos los había para levantar y mantener allí una nueva armada –bastantes apuros costaba ya sostener unas fuerzas mínimamente imprescindibles en la Carrera de Indias o en el Mediterráneo–.

El objetivo estratégico principal de Requesens para asestar el más duro golpe posible a los rebeldes era la recuperación de la estratégica isla de Walcheren (Zelanda)³³, situada en la desembocadura del Escalda, tanto porque supondría levantar el bloqueo que el enemigo mantenía sobre este río y sobre Amberes, como –y no en menor medida– porque con el puerto de Flesinga³⁴ en manos españolas, se dispondría por fin en la costa de un fondeadero apto para naos gruesas, desde donde podría operar la Armada española destinada al Canal de la Mancha.

Felipe II encargó en febrero de 1574 al excelente marino y estratega asturiano Pedro Menéndez de Avilés el mando de una gran Armada que desde Santander debía acudir a Flandes³⁵. Según los planes trazados entre Menéndez de Avilés y Requesens, las embarcaciones ligeras (pataches, zabras,

29. Biblioteca Zabálburu. Fondo Altamira, 76, GD. 4, D. 120.

30. Son célebres las hazañas protagonizadas en varias ocasiones por los Tercios cruzando de noche los canales a pie, con el agua al pecho y las armas sobre la cabeza, atacando al enemigo por sorpresa sin darle tiempo a organizar la defensa; pero también incluso con el enemigo preparado y alerta, ¡atravesando los brazos de agua bajo el fuego de las embarcaciones rebeldes!.

31. Requesens tuvo que padecer en febrero de 1574 la capitulación de la asediada Middelburg precisamente debido a esta impotencia naval española: no se pudo socorrer la plaza a través de la red de canales, por la falta de una flota de embarcaciones ligeras adecuada (la flotilla que se improvisó a este fin, fue fácilmente desbaratada por la armada enemiga). A la inversa, cuando las tropas españolas estaban a punto de rendir Leiden, los rebeldes inundaron la comarca y la socorrieron con sus naves ligeras, sin que los sitiadores españoles pudieran evitarlo (octubre de 1574).

32. Llevada, además, con una morosidad desesperante por la crónica privación de fondos (traducida en continuas demoras, altos y aplazamientos de las operaciones), de lo cual el Gobernador general no deja tampoco de quejarse amargamente, por supuesto.

33. Una completa exposición del acertado (pero, al fin y a la postre, frustrado) interés prioritario del Comendador Mayor por Walcheren y su vital puerto de Flesinga, y de la importancia decisiva que otorgaba al componente marítimo de su estrategia militar, en Francisco Barado, *Don Luis de Requesens y la política española en los Países Bajos*, Madrid 1906, pp. 24-30, 46-47, 54-55, 83-85, 104-105, 113-114.

34. “Flexelingas”, en las fuentes españolas de la época.

35. Magdalena Pí Corrales, *La otra Invencible. 1574*, Madrid 1983.

pinazas y lanchas) realizarían la toma de la isla de Walcheren (o de otra de las islas de Zelanda, como Schouwen³⁶, que contara con un puerto adecuado para las naos gruesas, imperiosamente necesario) y controlarían el río Escalda. Con ese puerto como base de la Armada, sería factible acosar a los rebeldes por mar, aislarlos y arruinar su comercio marítimo. Las dificultades económicas y logísticas fueron ralentizando los preparativos, y en consecuencia la salida prevista para el mes de mayo se fue posponiendo hasta que, llegado el mes de septiembre, y para evitar la peligrosa estación otoñal, fue suspendida por el Rey, con la previsión de hacerla en la primavera de 1575. Finalmente y en el mismo mes de septiembre se acordó la salida de la Armada, pero en el momento en que empezaba a partir del puerto de Santander se desató en ella una epidemia de tifus, que junto a la fulminante muerte de Menéndez de Avilés (día 16), constituyeron un golpe del que esta Armada ya no se recuperaría.

En 1575, la comisión de Zavala ante la Corte no iba a tener más éxito. La interesantísima correspondencia intercambiada entre este último y su señor, y en la que no podemos extendernos aquí, muestra con abundancia de detalles la amargura y las negras previsiones de Requesens ante la falta de respuesta tangible a sus peticiones urgentes de socorro económico y naval –sin excluir de estas críticas al mismo Monarca y a sus Secretarios, por su no comprensión de hasta qué punto era crítica la situación de los Países Bajos y su desesperante lentitud en la toma de decisiones–. Solamente apuntaremos un par de testimonios al respecto, limitándonos al aspecto marítimo que ahora nos atañe.

En este sentido, si había sido desafortunada la historia de la Armada del año 1574 del malogrado Menéndez de Avilés, todavía más frustrante para Requesens será la de sus epígonos del año siguiente –al no influir aquí la desgracia de una epidemia, y sin embargo, resultar al fin y a la postre no menos fallidos–. La Armada que se preparaba de nuevo en Santander –mucho más modesta, sin embargo, que la de 1574– saldría finalmente pero con mucho retraso y en mala estación, ya a fines de septiembre, con Pedro de Valdés al frente, y con Juan Martínez de Recalde como jefe de la flotilla de embarcaciones ligeras (pataches, zabras y pinazas). Finalmente, los temporales y el regreso de parte de la flota menguaron en número y dañaron gravemente la flotilla de pataches y zabras llegados con Recalde a Dunquerque, los cuales no supusieron para Requesens ninguna solución³⁷.

Un motín ocasionado por la falta de pagas, entre otros factores, retrasó también la salida posterior de Santander de la armadilla de dos naos y dos zabras con la que Sancho de Archiniega debía llevar urgentemente dinero al Comendador Mayor.

Precisamente sobre la armada de Archiniega, nos ofrece Domingo de Zavala un interesante testimonio. En diciembre de 1575³⁸, Zavala escribía desde Madrid a su señor:

“Después acá no hay cosa de nuevo de las de mi comisión de que yo pueda dar cuenta a Vuestra Excelencia que no sea para lastimarle, pues la provisión del dinero está más atrás que nunca, por lo que Zayas³⁹ me ha dicho que escribiré a Vuestra Excelencia como también lo haré yo.

La ida de Arziniega ha tenido tantos azares por falta de los ministros que las despachan y por la de los marineros, y malos tiempos, que ya no se trata de enviarle, antes se le ha mandado que no lo haga sin otra orden, por haber el día de Santander agarrado una nao con temporal sobre las amarras estando dentro del puerto, de tal manera que tocó en un banco de arena y se abrió por cierta parte de la quilla, de que hizo mucho agua, y aunque esta se le tomó saliendo la gente de ella, la plata que estaba ya dentro, todavía quedó, de manera que dicen que en este tiempo no se debía aventurar navegarle. Y junto con esto sucedió el mismo día o al precedente que queriendo Arziniega hacerse a largo con las zabras y dos naos para hacer su viaje el siguiente [día], se amotinaron los soldados de una de ellas, diciendo que no se habían de alzar las áncoras sin que fuesen enteramente pagados, y esto con tanta desvergüenza que salieron con ello, y fueron luego satisfechos de lo que pretendían, que dicen que no era casi de consideración. Y escribe Arziniega que esta alteración tenía raíces y que los soldados eran fomentados, y él y otros han sospechado, que por parte de Don Pedro de Valdés⁴⁰ se debe haber hecho algún mal oficio para estorbar el viaje a tal que no lo sirviese

36. En el otoño de 1575, Requesens dedicaría todos sus esfuerzos a una ofensiva sobre las islas de Zelanda situadas al norte de Walcheren, que tuvo éxito y se concretó en la toma de Schouwen y otras. Triunfo conseguido por los Tercios merced al desconcertante y heroico método del vadeo nocturno a pie, ya mencionado. En cualquier caso, fue efímero, pues en los meses de caos y descomposición del ejército que siguieron a la muerte del Comendador Mayor (marzo 1576) estas islas fueron abandonadas.

37. José Luis Casado Soto, *Los barcos españoles del siglo XVI y la Gran Armada de 1588*, Madrid 1988. Francisco Barado, *op.cit.* Geoffrey Parker, *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid 1998.

38. Carta sin fecha. Instituto Valencia de Don Juan. Envío 67, caja 91, nº 307.

39. Gabriel de Zayas, Secretario de Estado de Su Majestad para los negocios del norte de Europa (Flandes, el Imperio, Francia, Inglaterra).

40. Destacado y controvertido marino asturiano. Sin duda, un hombre de muy acusada personalidad y orgullo, y ciertamente difícil. En julio de 1581 fracasó al intentar tomar la isla Terceira (en las Azores) con la reducida fuerza de que disponía y sin esperar la llegada de la

otro sino el mismo Don Pedro. Y fúndase Arziniega en que el día del motín yéndose a embarcar él, le salió al muelle el almirante del dicho Don Pedro diciendo que las naos no habían de salir sin que viniese orden de Su Majestad, después que el dicho Don Pedro viniese llegado aquí [a Madrid] y dado cuenta del viaje que había hecho a Inglaterra⁴¹, y de la manera que aquellas naos de Santander se hallaban. Y aunque Arziniega le respondió que él la tenía de Su Majestad para lo que había de hacer, pasó adelante el almirante con su opinión hasta hacerle protestas, de donde los soldados y marineros con la poca gana que tenían de salir tomaron ocasión para amotinarse. Visto esto ha mandado el Rey que no se haga el viaje sin otra orden, y que vaya un caballero a averiguar la culpa de esto y castigarle, el cual está ya nombrado, y mandado que los de la Hacienda busquen créditos en que enviar los 150 mil escudos que en estos navíos habían de ir, y aunque esta resolución se tomó más ha de doce días, no se han podido hallar créditos ni hay quien los dé si no es con condiciones tan infames como las de la tregua de Francia”.

Zavala seguía su exposición y, al igual que hacía desde Bruselas su señor el Comendador Mayor, no dejaba de mostrar su disgusto por la forma en que el Monarca y sus Secretarios abordaban una situación necesitada de medidas urgentes:

“Y las galeras en que van los cien mil escudos⁴² han estado en Palamós esperando ciertos despachos que se avían de enviar de aquí, que los pudiera haber llevado una fragata, y ahora se tiene aviso que en Ciudad, que es cerca de Tolón, están siete galeotas y una galera de Argel reforzadas, esperándolas porque saben que llevan 300 mil escudos al señor Don Juan⁴³. Con esta nueva las galeras no osan partir sin orden, y háse consultado esto al Rey, y no ha tomado aún en ello resolución, y todo va así que parece encantamiento.

Pero los consejeros se descargan con decir que no se sigue su parecer en nada, y los secretarios echan la culpa a su amo⁴⁴, diciendo que su remisión y la intención que en todo lleva destruye sus negocios, al fin es llegado el caso que ninguno hay que ose decirle, sino lo que siente que es su gusto, y con quien priva por este camino anda recatadísimo y más con quien le dice la verdad, pensando que los unos y los otros le engañan. Dios lo remedie que cierto que es una era la presente que de los que sirven en la Corte, es de tener gran lástima porque ninguno es nada, aunque es de tenerla mayor de los que sirven lejos, y más de Vuestra Excelencia por ser la carga tanto más pesada que ha sido milagro no haber dado en tierra con ella y lo será grandísimo cada día que se le dilatare. Y aunque todos lo confiesan así, y lo entienden de el Rey, veo que no salen de su paso”.

No obstante la interminable sucesión de decepciones con respecto a la llegada de socorros navales, todavía el 18-12-1575⁴⁵ Luis de Requesens insistía a Zavala que siguiera solicitando en la Corte una Armada en condiciones –siempre prometida y nunca llegada–:

“Por las cartas que al Rey escribo veréis el miserable estado en que lo de aquí queda por culpa de los que le dieron tan ruin consejo, y yo no sé ya cómo podérselo dar para el remedio porque cuanto más pienso en ello tanto más cerrados hallo los caminos, y más entiendo lo que vos decís de que no hay ministro que ose decir la verdad al Rey, y no ose pedir las naos grandes y pequeñas que decís para la empresa de Walcheren a la primavera, que tengo ya tanta experiencia que no se ha de aprestar ahí ninguna cosa en tiempo y sazón, y todo es gastar tiempo y dinero y reputación. Pero todavía será bien que pidáis a Zayas la relación que yo envío sacada de las cartas de Juan Martínez de Recalde, para que podáis acordar de cuán poco fruto es todo lo que ha llegado, y pedir el remedio de lo que se puede, que yo os remito que pidáis la Armada que os pareciere con presupuesto que han de proveer con qué sustentarla a ella y a lo demás”.

La muerte sorprendería al Comendador Mayor el 5-3-1576 en Bruselas sin ver conseguidos de la Corte ninguno de los objetivos vitales de la comisión encomendada a su leal y apreciado secretario Domingo de Zavala. Y en lo que a la cuestión naval se refiere, similar tónica de impotencia española continuaría, en fin, en décadas posteriores y a lo largo de la que ya sería interminable guerra de Flandes, cumpliéndose exactamente los peores temores manifestados por Requesens a este respecto.

escuadra principal, en un acto de impetuosa desobediencia a las órdenes que tenía, que le valió ser enjuiciado y encarcelado por insubordinación (Ricardo Cerezo Martínez, *Las Armadas de Felipe II*, Madrid 1988; Hugo O'Donnell, “La jornada de Terceira de 1583”, *Revista General de Marina*, agosto 2000). Sólo sería liberado ante la necesidad acuciente de altos mandos para la “Gran Armada” contra Inglaterra, en la cual participó como general de la escuadra de Andalucía. La forma en que rindió al enemigo su nave capitana (aunque ciertamente, averiada como estaba y habiendo sido abandonada por la Armada que no detuvo su marcha, no le quedara otra opción que rendirla), es también objeto de controversia, al no tomar extrañamente ninguna determinación sobre los 50.000 ducados que llevaba a bordo y que cayeron en poder de sus captores (Colin Martin y Geoffrey Parker, *La Gran Armada*, Madrid, 1988).

41. Efectivamente, mientras Recalde llegaba a Dunquerque, Valdés se había visto obligado a refugiarse de los temporales en Inglaterra, regresando después a España.

42. Que se esperaban angustiosamente también en Flandes, como los que debía llevar Archiniega desde Santander.

43. Don Juan de Austria, destinado en Italia.

44. El Rey Felipe II.

45. Biblioteca Zabálburu. Fondo Altamira, 95, GD. 6, D. 73.